

*Discurso del Señor Galo Plaza,
Presidente del Ecuador.*

Grato es para mí, en nombre de mi pueblo, dar la bienvenida a los representantes del Periodismo de América, en ocasión en que esta ilustre Asamblea trae la llama viva de las libertades públicas y la independencia del pensamiento, a la misma ciudad, al pie del Pichincha, de la hazaña de nuestros héroes de 1809.

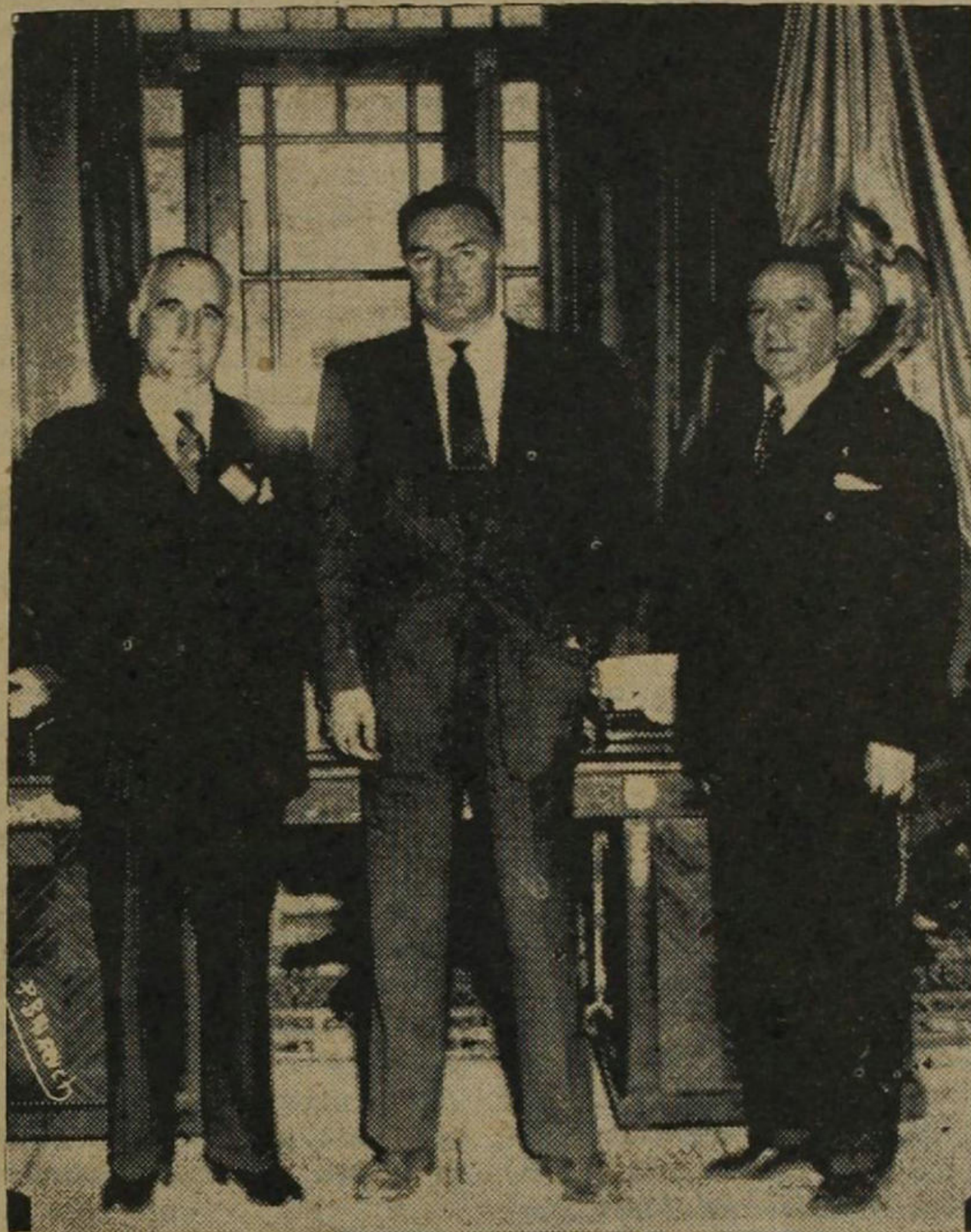
América es siempre una anticipación del futuro. Aquí están representados los heraldos del pensamiento americano, en su proyección histórica permanente. América no depende del pasado, su vigor reside en un inconmensurable porvenir. Yo creo que en nuestra acción nacional y continental, no deben intervenir las viejas tradiciones, la herencia de las rencillas, ni los conflictos de sistemas económicos importados a nuestras latitudes, desde la Europa feudal, con la Conquista. América tiene que servirse gallardamente de sus propias fuerzas, todavía insuficientes acaso, para aprovechar la reserva inmensa de sus recursos físicos y sus valores humanos. Por eso América tiene que cumplir su destino en el único clima compatible con la mentalidad americana, con su temperamento y su Geografía, con la tradición que empieza y el futuro urgente: *la fórmula democrática, nacional e internacional.*

Sólo en ambiente democrático puede cumplirse la enorme tarea de justicia social e histórica que tenemos los habitantes del Nuevo Mundo: *resolver el hambre y la ignorancia como problemas de nuestras mayorías desposeídas*; y hacerlo en forma noblemente americana, es decir, con respeto absoluto para la libertad y la dignidad del hombre.

En el conflicto de filosofías que contempla nuestro mundo torturado de problemas, América ha definido ya su actitud entre Oriente y Occidente. No podía escoger otro camino que el de la democracia, fórmula digna y libérrima, pese a los panegiristas de métodos totalitarios y fáciles, de aceptación efímera y de desorientación como requisito ambiental.

La norma democrática, que es la de la libertad de pensar, de creer, de actuar, de trabajar, de ensayar, de respetarse y de vivir, es la única compatible con la institución altivamente humana de la prensa. Y así como hay elevación en la política democrática, hay también la esencia democrática en la cultura, con un papel decisivo de la prensa en el progreso, y especialmente en el deber del conocimiento mutuo. América, Continente desconocido para sus contempladores remotos y aun para sus propios habitantes, abstraídos en uno como archipiélago que se desmiente en la unidad geográfica, tiene la consigna impostergable de conocerse mejor. Y es de la prensa de América esa tarea radical de capacitación del hombre americano, libremente informado, democráticamente dispuesto, respetuoso de la razón y liberado gracias a un periodismo constructivo, del yugo de la ignorancia.

La sed de información americana es antecedente capaz de ricos frutos si recibe satisfacción oportuna y generosa. De un periodismo en tal sentido surge el milagro del esfuerzo, la germinación que logra el advenimiento de las técnicas, el trasplante de los métodos de otras latitudes, la comparación estadística, la discusión en la mesa redonda de los congresos internacionales, el intercambio fraternal de expertos y de estudiantes, de libros y de maestros, la ayuda de América para América: todo ello



De izquierda a derecha: Lic. y Prof. Alejandro Aguilar Machado, Señor Galo Plaza, Presidente del Ecuador, Don Eduardo Salazar Gómez, Ministro de Gobierno.

En la inauguración del V Congreso Interamericano de Prensa, en Quito, el 11 de Julio de 1949

(Del folleto: *La libertad de prensa en la Rep. del Ecuador.* Quito, 1949).

por la obra perseverante de la prensa, la radio y el cinematógrafo.

Esta información, que nos hará recuperar los siglos de tinieblas de la prehistoria, en la precisión del mundo actual, ha de facultar al hombre americano para elevar su nivel de vida, por la justicia social, tanto en el mejoramiento de sistemas, como por la mayor equidad en la distribución, y la economía y orientación del esfuerzo.

Digo que América es el Continente del futuro, no en simple recurso oratorio sino en función de reconocimiento de la realidad de nuestros pueblos. Desde mi punto de vista, como gobernante de un país joven del Mundo Nuevo, estimo que en política americana no se puede actuar sólo de recuerdos, ni servir a un pueblo sobre las huellas de una herencia de rencillas, de mera discusión de sitios, de intemperancia sin sentido, de discrepancias sin saldo de servicio. América, en estos momentos, no puede agitarse al simple rescoldo de doctrinas, de estructuras, de criterios de tipo siglo XIX. América exige de su periodismo, de sus juventudes, de sus dirigentes políticos, de sus gobernantes, una actitud, un programa, una perseverancia *de hoy*, mitad del siglo XX: es decir, una anticipación del futuro, con clara visión de mundo. Pensar de otra manera es dar espaldas a la realidad y hacerlo, en el periodismo o en el Gobierno, sería traicionar a un pueblo.

Esta sensibilidad contemporánea, que es condición para realizar un progreso que los

pueblos exigen y entienden sin enunciados retóricos, no presupone ni el panegírico ni la exclusión de tal o cual doctrina política. Lo esencial es que la doctrina, el dirigente, el crítico, el defensor de la misma, piensen y obren en forma *coincidente con las necesidades del mundo actual*. No se trata de izquierdas o derechas; se trata de que se dé a los pueblos un liberalismo, un socialismo o un conservatismo, que miren hacia el futuro, a partir del presente: que tengan el valor de despojarse de sus prejuicios, y la nobleza de identificarse en el patriotismo.

Estimo que la más lógica posición democrática, exenta de extremismos, es la de una auténtica orientación liberal. *Por tradición y por convicciones creo en la idea liberal y aspiro a mantenerla como norma inspiradora de mi servicio a los ecuatorianos. Por tradición y por convicciones respeto la libertad de prensa y seguiré respetándola como hizo siempre mi padre desde este mismo sitio que libremente quisieron confiarme mis compatriotas.* La norma liberal es la norma tolerante que ha de permitir el mejor desarrollo político de nuestra República, en una competencia elevada de sus partidos, mejor y más modernamente organizados. Pero también, para resolver los problemas de un pueblo americano, se requiere tener de revolucionario y de socialista. Porque la clásica libertad teórica del liberalismo manchesteriano, propicia a los discursos, a la indiferencia y a las estatuas, es insuficiente para re-